

Uniando puntos de inflexión. Cambio de dirección

Joining Tipping Points. Change of address

DOI: <https://doi.org/10.32870/dse.v0i27.1385>

Adriana Matilde Zenil Ongay*

*No puedes conectar los puntos mirando hacia el futuro;
sólo puedes conectarlos mirando hacia el pasado.
Así que tienes que confiar en que los puntos de alguna manera
se conectarán en tu futuro.*

Steve Jobs (2005)

Pensar sobre la trayectoria personal supone un ejercicio de profunda reflexión, mirar hacia ciertos puntos que han dejado una huella en nuestra persona a lo largo de la vida, que nos hacen ser de una forma específica o mirar la realidad con diferentes énfasis y bajo diversas lentes.

Puedo identificar dos puntos de inflexión en mi vida que me han llevado a tomar las decisiones académicas que he realizado. El primero fue al terminar la preparatoria, cuando tuve la oportunidad de hacer un voluntariado con una congregación religiosa en un pueblo indígena de la sierra Mixe del estado de Oaxaca, llamado Santa María Tlahuitoltepec.

Durante un año (ciclo escolar 2001-2002) estuve trabajando como maestra de un grupo de tercero de preescolar en el jardín de niños de la escuela parroquial. Aunque sólo viví un año en el pueblo, esa experiencia fue un parteaguas en mi vida, porque marcó la forma que tengo de ver y percibir el mundo, y configuró muchos aspectos de mi estilo y personalidad (el interés por conocer nuevas culturas, tradiciones, costumbres y formas de vida, la importancia de la vida comunitaria, la riqueza cultural y ancestral que identifiqué en los pueblos originarios, entre otras), así como mi elección profesional, ya que a raíz de ese trabajo voluntario fue que decidí ser maestra de preescolar.

Después de esa experiencia, cursé la normal para educadoras y entré al servicio público docente en septiembre de 2008; desde entonces me he dedicado a ser maestra frente a grupo, principalmente en comunidades rurales. Esto es significativo para mí porque en mi vida profe-

* Maestra en Dificultades en el Aprendizaje. Doctorante en Educación. Líneas de investigación: educación preescolar, valores, convivencia escolar, organizaciones e instituciones y política pública. Universidad de Guadalajara. México. adriana.zenil3768@alumnos.udg.mx

sional he estado en contacto directo con la educación de una manera práctica, desde el ejercicio didáctico y pedagógico de los procesos de enseñanza aprendizaje en el aula, con todas las deficiencias, problemáticas y riquezas que esto implica; en un nivel educativo en el que, en mi experiencia, no sólo se trabaja con los niños sino que la labor educativa implica a toda la familia y a veces –según las circunstancias– a la comunidad, dentro de un sistema de educación pública que conlleva vivencias y experiencias muy específicas.

Por cuestiones de extensión y objetivo de esta escritura de mi ecuación personal, no profundizo en lo que significa ser docente frente a grupo, puesto que me llevaría a otras reflexiones que en este momento no es posible abordar; sin embargo, sí me es preciso puntualizar que la formación que recibí desde el voluntariado, la Normal y el trabajo pedagógico en los jardines de niños, me han provisto de una visión política transformadora de la educación.

En gran medida, la decisión de tomar cursos de capacitación, optar por la formación constante y la actualización, así como cursar la maestría, han tenido que ver con el deseo de crecimiento profesional para tener un mejor desempeño en la práctica frente a grupo y favorecer los procesos de aprendizaje de los niños, a fin de contribuir, de una u otra forma, a transformar la vida de mis estudiantes y sus familias y, en última instancia, de la sociedad en la que vivo y me desarrollo.

Desde esta visión transformadora, en 2016 decidí concursar para obtener la Beca de Maestros en Servicio en Japón, ofrecida por la Embajada de Japón en coordinación con la Secretaría de Educación Pública, ya que el objetivo del programa era investigar algunos rasgos del sistema educativo japonés para hacer mejoras al sistema educativo mexicano. La descripción de la estancia especificaba la posibilidad de ir a las escuelas a observar, y eso fue lo que más me interesó: la posibilidad de “observar una forma diferente de hacer las cosas”.

Mi estancia fue de un año y medio (octubre de 2017 a marzo de 2019) en la región de Kansai, donde estudié los primeros seis meses en la Universidad de Osaka, en la ciudad de Suita, un curso intensivo de idioma japonés; y un año en la Universidad Pedagógica de Osaka en la ciudad de Kashiwara, donde tomé dos cursos de Educación Moral y uno de Educación Preescolar, y realicé propiamente la investigación educativa haciendo visitas de campo a diez jardines de infancia.

Esta estancia de investigación se convirtió en mi segundo punto de inflexión, ya que fue una experiencia de intensos aprendizajes, no sólo en el ámbito profesional sino en el personal y social. Haciendo un análisis personal de esta vivencia, puedo dividirla en tres etapas: *el choque, la adaptación y la sistematización*.

Me considero una persona bastante adaptable, por lo que enfrentarme a una nueva forma de vida o diferencias culturales no representó para mí un obstáculo (tenía el precedente de movilidad); el verdadero “choque” fue debido principalmente a la barrera del idioma. La dificultad de aprender un idioma y el no poder comunicarme representó una impotencia y una frustra-

ción, cosa que no me ocurrió en la comunidad indígena ya que, si bien hablaban la lengua mixe, también hablaban español. Aquí me siento identificada con el *shock* cultural del que habla López (1992), como ese punto límite de una situación estresante, porque la viví. Sentí miedo, desconcierto, falta de confianza en mí misma, soledad, ansiedad. En ciertos momentos me veía al espejo y al mirarme me sentía indefensa, me parecía que mi reflejo era lo único que tenía.

Sin embargo, no podía hundirme en el *shock* cultural, así que cambié un poco la mirada; redefiní mi enfoque y situé mi objetivo otra vez en el centro: hacer investigación en jardines de niños. Fue entonces cuando inicié mi etapa de adaptación con dos procesos específicos: *inmersión* en la cultura japonesa e *interculturación*.

La inmersión consistió en tratar de empaparme de la cultura japonesa, conocerla participando en eventos culturales organizados por la universidad, como la Ceremonia del Té, vestir kimono, talleres de Shodo (caligrafía japonesa), kendo y judo; así como realizar viajes tanto de manera grupal como individual.

La interculturalidad la viví de manera más intensa durante el programa “*Host Family*”, en el cual familias japonesas, a través de los centros internacionales universitarios, “adoptan” un estudiante internacional con la finalidad de acompañarlo en su estadía en Japón, estableciendo vínculos de amistad e intercambio cultural. Por medio de la convivencia con estas familias pude desarrollar más mis habilidades comunicativas en el idioma japonés, y aprendí un poco más sobre la forma de vida, visión y valores de las familias japonesas, así como compartir con ellos un poco de la cultura mexicana.

La vivencia de esta etapa me refiere un poco a dos aspectos que menciona López (1992): el proceso de resocialización, como necesario para tratar de conocer una cultura distinta a la propia, y al espíritu de convivencia, como la habilidad que permite lograr un grado de integración con la comunidad. El autor afirma que la cultura no puede conocerse sólo con la observación, sino que es necesaria la interacción entre el investigador y lo investigado. Aunque en ese momento no fue una relación con lo investigado, sino más bien una estrategia de adaptación, más adelante he podido identificar que me ayudó en mi proceso de investigación.

La tercera etapa la denominé “sistematización”, que fue un proceso intenso para reconocer y enfrentar mis aprendizajes y poder escribirlos en papel. En medio de estos procesos de inmersión e interculturalización, mi proceso de investigación educativa estuvo siempre presente. Puedo decir que el conjunto de estas experiencias (sociales, culturales y educativas) enriquecieron mi estudio pedagógico. Esta última etapa me ayudó a tener una actitud reflexiva, a reconocer e identificar procesos tanto de manera personal como social y educativa.

La observación de campo que hice en los diferentes jardines de niños japoneses, el diálogo con los profesores y los distintos hallazgos, interpelaron mi propia práctica docente y despertaron en mí un interés genuino por conocer la realidad que se me presentaba. Pienso que el he-

cho de vivir durante este periodo en una cultura distinta, así como las similitudes y diferencias que encontré, me motivaron a querer hacer un análisis más minucioso de mi propia cultura.

En ese momento fue cuando volví la mirada hacia la posibilidad de dedicarme a la investigación en México de una forma similar a como lo hice en Japón, pero con más y mejores elementos metodológicos y teóricos; razón por la cual decidí iniciar un proceso de formación como investigadora en un programa de doctorado de tiempo completo de Conacyt.

Este proceso ha supuesto una restructuración en mi forma de aprender y conocer porque, si bien he tenido un vínculo muy estrecho con la educación por mi actividad profesional, no ha sido así con las ciencias sociales. A veces, como docente con formación normalista, creo que tiendo a querer dar soluciones o respuestas rápidas desde una perspectiva pragmática; pero como científicos sociales, la visión cambia; es menester observar la realidad para ir descubriendo qué es lo que sucede, desarrollar el pensamiento relacional para establecer las conexiones entre la realidad empírica y los sustentos teóricos, y poder observar el mundo con unas lentes que permitan comprender un poco más el objeto de estudio, y entonces poder generar conocimiento que contribuya a la solución de los problemas.

Reconocer estos puntos de inflexión me invita a ejercer un control de mi ecuación personal en el proceso de investigación (López, 1992), porque me ayudan a estar atenta a cuáles pueden ser esas situaciones de mi experiencia o mis características individuales que pueden conducir a un sesgo en la investigación; pero, también, a reconocer aquellas que pueden ayudarme a conseguir los objetivos investigativos.

Entre mis recursos que considero más importantes, se encuentra un binomio al que hace referencia Vanegas (2017): escuchar y preguntar. Estas cualidades las veo presentes en mi trayectoria de vida, pero también reconozco que hay ciertos aspectos que tengo que desarrollar. Pienso que soy una persona a la que la motivan y cautivan las narraciones de las personas porque son historias únicas, irrepetibles, con una gran riqueza por descubrir y de las cuales aprender.

Pero, como investigadores, debemos estar dispuestos a reconstruir la historia, y ello, en palabras de Vanegas (2021: 92), implica la posibilidad de “preguntar en el momento adecuado. En unas ocasiones será abierta y directa; en otras quizás velada y esquiva. Pero en todos los casos calculada”. Me preocupa el hecho de no tener la perspicacia para identificar el momento oportuno, la situación clave y, de ser necesario, generar el estímulo provocador que desate el relato y pueda así hacer la construcción de los datos.

Estas son algunas de las reflexiones en torno a mi vida académica y cómo estas vivencias y experiencias, junto con mis características personales, me han configurado y me han hecho encaminar mis pasos hasta el punto en el que el día de hoy me encuentro, el cual, a través de un proceso de reflexividad, seguramente se convertirá en otro punto de inflexión para mí.

Referencias

- López, M. (1992). La influencia de la ecuación personal en la investigación antropológica o la mirada interior. En Cátedra, M.; S. Brandes (eds.). *Los españoles vistos por los antropólogos*. Madrid: Júcar Universidad, 187-222.
- Vanegas, G. (2017). *Sherlock Holmes y la investigación social*. Cali: Universidad del Valle.